PROPUESTAS DE FORMACIÓN PARA LA MADUREZ EN LOS SEMINARIOS *

Autor: *Gastón de Merzeville. Dr. en Orientación Psicológica de Rehabilitación de la Universidad de Michigan (USA) y en la Universidad de Costa Rica. Casado y padre de tres hijos, es orientador psicológico y profesor de Psicología en el Seminario Central de San José (Costa Rica)*

El punto de partida del autor son los resultados de la encuesta sobre las "causas de la deserción del ministerio en América Latina" y de las respuestas que a las causas de la misma daban algunos obispos. Con motivo de estos resultados propone lo que piensa que deberían ser los puntos para una formación humana en los seminarios. Concreta la propuesta en diez y sigue el método de Ver (situarse en la realidad objetiva); Juzgar (sopesar los datos y clarificarlos) y Actuar (propuestas de acción).

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v48i166.863>

En la edición especial número 28 del Boletín que publica la Organización de Seminarios Latinoamericanos (OSLAM), titulada "Causas de la deserción del ministerio sacerdotal en América Latina" (1995), se analizan los resultados de una encuesta realizada entre julio y octubre de 1994 por el Departamento de Vocaciones y Ministerios del GELAM (DEVYM). El Padre Anuar Battisti, entonces Secretario Ejecutivo del DEVYM-OSLAM, señala que este estudio se realizó a nivel de todos los Obispos de América Latina, solicitándoseles consignar "... el número de deserciones, en estos últimos cinco años, de sacerdotes jóvenes,

* El presente artículo aparece publicado en el libro 'Madurez sacerdotal y religiosa' del mismo autor, es el capítulo 8 de dicho libro.

como también las causas que se han dado en el período de la formación y las causas pos-ordenación sacerdotal” (en Boletín OSLAM, N°.28, p.1).

La Encuesta fue respondida por un 25% de los obispos consultados, los cuales representaban a 19 países y a un 26.37% del total de 747 diócesis latinoamericanas. Todos ellos opinaron sobre el abandono del ministerio sacerdotal durante el quinquenio de 1990 a 1994, por parte de sacerdotes jóvenes con uno a diez años de ordenados. En este sentido, de las 197 diócesis en que se recogió información mediante el formulario de la encuesta, sus obispos expresaron que en 104 de ellas sí hubo abandonos, para un total de 176 deserciones, en contraposición a 93 diócesis en las que no se dieron.

Con respecto a esta misma situación, el DEVYM cuenta también en su poder con otros datos comparativos en los que se aprecia, por ejemplo, un número de 1289 ordenaciones sacerdotales diocesanas, a nivel latinoamericano, en el año 1992; a esto se contrapone un promedio anual de 253 deserciones, correspondientes a la primera mitad de la década de los noventa. Aunque estos datos no son absolutos, sí ofrecen un panorama general en el que se presenta un índice aproximado del 20% de sacerdotes que abandonan el ministerio cada año, con relación al total de sacerdotes que se ordenan anualmente en Latinoamérica. En otras palabras, por cada cinco sacerdotes ordenados se da una deserción anual. Desde esta perspectiva la situación no solo resulta preocupante, sino que llama a una honda reflexión.

Monseñor Felipe Arizmendi Esquivel, Obispo de Tapachula, México, al analizar también la Encuesta arriba citada, afirma que “... hemos escuchado muchas opiniones sobre las causas que pueden explicar el abandono del ministerio presbiteral. Si atendemos sólo la enumeración de tantas deficiencias en los Seminarios, nos podemos quedar con una impresión injustamente negativa. Es verdad que, si los Seminarios no logran su identidad, habría que cerrarlos, o transformarlos por completo. Sin embargo, a juzgar por los frutos, que son tantos buenos sacerdotes formados en nuestros Seminarios en América Latina, considero que sí cumplen su cometido. Las afirmaciones que se han escuchado, se basan en los casos de sacerdotes que han abandonado el ministerio; pero éstos no son la mayoría. Con todo, significan una llamada de atención a los formadores y a los mismos alumnos, para hacer una revisión seria del

estilo formativo que cada Seminario lleva a cabo, y sacar luz de los errores cometidos. La Iglesia cree en los Seminarios. Reconoce la validez de las formas clásicas del Seminario, aunque también exige una constante renovación (PDV, 61)” (en Boletín OSLAM, N°.28, p.10).

De acuerdo con la interpretación que el mismo Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM hace de su “Encuesta sobre el abandono del ministerio sacerdotal por parte de los sacerdotes jóvenes”, se llega a la conclusión de que en “... el 95% de las respuestas aparece como causa predominante de las deserciones las deficiencias en lo humano-afectivo, con todas sus consecuencias, tanto para la persona como para el ministerio mismo... (Más aún), mirando la globalidad de las respuestas se puede concluir que lo ‘espiritual’ debe caminar junto con lo ‘humano’, y que las causas determinantes nacen de lo humano debilitado y no encuentran en lo espiritual un soporte suficientemente bien formado” (DEVYM, 1994, P.1-2). A este respecto, los mismos obispos encuestados, al enviar sugerencias como posibles soluciones a las causas del abandono del ministerio sacerdotal, sugieren que se sigan impulsando las cuatro áreas de la formación, insistiendo mucho en lo humano y espiritual. Especialmente, apoyar programas de formación humana y particularmente afectiva, desde el Seminario” (En OS LAM, 1995, p.32)

Este análisis de los resultados de la Encuesta citada, hace patente que las distintas causas pueden corresponder a deficiencias en cada una de las diferentes áreas de la formación –humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral–, así como a los distintos contextos en que éstas se desarrollan. Sin embargo, parece existir una causa primordial del abandono que incide en todas las causas específicas, y que podría conceptualizarse como una inmadurez humano-afectiva-espiritual, que el sistema tradicional de seminarios no logra confrontar en los años formativos. Por lo tanto, se hace necesario reconsiderar el sistema de formación en los seminarios diocesanos, aplicable quizás también a seminarios y noviciados religiosos, con el fin de rescatar todo lo positivo que se está haciendo, y realizar nuevos planteamientos que permitan ofrecer un mejor proceso de maduración a todos los aspirantes al sacerdocio y a la vida consagrada.

Para el logro de este fin, resulta sumamente valioso prestar atención a las respuestas que hacen los obispos a la Encuesta sobre los factores causantes de tantas deserciones. De esta manera, se pretende

visualizar un panorama general (VER), que sirva de base para la definición de desafíos prioritarios (JUZGAR) y de propuestas de acción (ACTUAR), que pudieran contribuir positivamente a la superación de tales deficiencias.

En este capítulo, por lo tanto, parece apropiado utilizar la tradicional y bien conocida metodología del ver, juzgar y actuar, para la realización de un estudio analítico de la Encuesta, sistematizando los resultados mediante el señalamiento de diez propuestas de acción aplicables a la etapa seminarística, y tres adicionales correspondientes a la vida ministerial, que constituyan una propuesta general de formación para la madurez humano-afectiva-espiritual de sacerdotes y religiosos en los seminarios y noviciados latinoamericanos.

PUNTOS PARA UNA PROPUESTA DE FORMACIÓN HUMANA EN LOS SEMINARIOS

Los siguientes diez puntos, que podían formar parte de una “Agenda Siglo Veintiuno” para la definición de un proyecto formativo en los seminarios o noviciados latinoamericanos, se desprenden directamente del análisis de la “Encuesta sobre el abandono del ministerio sacerdotal por parte de los sacerdotes jóvenes” (DEVYM, 1994). Asimismo, el desarrollo de este capítulo podría interpretarse como el informe final de una asesoría psicológica sobre la formación seminarística, realizada durante más de doce años, con base en la propia experiencia profesional del autor como psicólogo cristiano, como profesor y terapeuta psicológico de seminario desde 1985, y como participante en, al menos, una docena de cursos internacionales de formadores diocesanos y religiosos, a nivel latinoamericano, desde principios de la década de los noventa.

1. CRISTIANOS COMPROMETIDOS

VER:

Con relación al proceso de selección que se utiliza en seminarios o noviciados, algunos de los obispos consultados opinan que “...en la

decisión vocacional está condicionada a lo provisional faltando compromisos duraderos... Las nuevas generaciones manifiestan una estructura antropológica frágil y vulnerable en este aspecto humano-afectivo... Faltó detectar fallas psico-afectivas traídas del ambiente familiar... Falta de una selección bien hecha desde la Pastoral Vocacional, antes de ingresar en el Seminario..." (en DEVYM, 1994, pp. 1 y 6).

JUZGAR:

La selección de los candidatos al seminario o noviciado necesita responder al desafío de cómo comprobar elementos de madurez y estabilidad a nivel humano, así como en el compromiso cristiano de los aspirantes, sobre los que se fundamente una posible llamada a la vida sacerdotal o consagrada. Este desafío lo reafirman, desde hace más de una década, un grupo de obispos y presbíteros convocados por el DEVYM en noviembre de 1985, cuando en las Conclusiones del Encuentro sobre el abandono del Ministerio Presbiteral", señalan la necesidad imperiosa de "...descubrir, con técnicas adecuadas, y excluir desde la selección, a candidatos con rasgos y antecedentes negativos o de mal pronóstico para una vida psico-afectiva-sexual adecuada al celibato" (En OSLAM, 1995, p.40).

ACTUAR:

El proceso de admisión al seminario debería constatar que los potenciales seminaristas sean cristianos comprometidos por más de dos años en vida eclesial activa de parroquia o agrupaciones laicales, en los que se ha tenido dirección espiritual o asesoría pastoral laical concreta, que se traduzca en una recomendación escrita y pormenorizada sobre la vida del candidato, su contexto familiar, su acción apostólica, fortalezas y debilidades, así como las razones para aspirar al ministerio sacerdotal. En caso contrario, debería recomendarse les incorporarse en un contexto eclesial en el que puedan vivir tal experiencia de maduración cristiana, previamente a una nueva solicitud de ingreso al seminario o noviciado. Esto hará posible que, como parte del proceso de admisión al seminario, a partir de las convivencias vocacionales, incluyendo entrevistas, tests psicológicos y seguimiento pastoral, todos los datos que

habitualmente se recogen sobre la vida de los candidatos puedan ser analizados con base en lo anteriormente expuesto.

En una rigurosa investigación de tipo pastoral-psicológico, realizada por el Padre Juan de Castro con 170 seminaristas del Seminario Pontificio Mayor de Santiago de Chile, aceptados entre los años 1986 y 1990, se ha podido comprobar que este nivel de experiencia previa en la vida cristiana es uno de los elementos que aportan madurez, estabilidad y permanencia en la etapa seminarística. Tal y como se describe en los resultados más importantes de este estudio, el promedio de edad al momento de su aceptación (al Seminario) resultó ser de 23 años de edad.; el 78% proviene de los niveles socioeconómicos medio y bajo.; entre aquellos del nivel bajo, un 69% de los casos marchan bien en el seminario., y solo un 31% debió abandonar el Seminario... La gran mayoría de los jóvenes proviene del medio Parroquial y, más en concreto, de algún tipo de comunidad juvenil de ese medio (74%). Un 72% ha asumido allí responsabilidades de tipo Pastoral antes de entrar al Seminario... En su inmensa mayoría (más del 80% en su conjunto), los jóvenes vienen bien preparados espiritualmente, con dirección espiritual, participación frecuente en la celebración de los sacramentos, conocimiento de la Sagrada Escritura, y vida de oración personal” (de Castro, 1991, pp. 14-15). Por lo tanto, una de las conclusiones que puede extraerse de este estudio, es que una mayor madurez en vida cristiana comprometida, con anterioridad a la entrada al Seminario, tiende a producir mejores frutos durante todo el Proceso formativo.

Esta mayor exigencia en el proceso de selección de candidatos concuerda también con la posición del Padre Alvaro Jiménez Cadena, sacerdote y psicólogo, quien al comentar la “Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal” insiste en que “... es inútil, más aún contraproducente, llenar los Seminarios de candidatos mediocres, desadaptados o francamente ineptos para el sacerdocio” (en OSLAM, N° 28, p.16). El Padre Jiménez Cadena reconoce que la excesiva laxitud en los procesos selectivos puede deberse a cierta angustia ante el escaso número de sacerdotes, agravada no sólo por las deserciones sino por la avanzada edad, las enfermedades y fallecimientos de excelentes sacerdotes y la terrible escasez endémica que azota inmisericordemente a muchos países o diócesis de nuestro Continente (p.16). Sin embargo, aunque esta situación puede ser la causa de una actitud excesivamente com-

placiente en la recepción y el mantenimiento de candidatos inadecuados para el ministerio sacerdotal, el padre Jiménez Cadena categóricamente propone "... la política contraria: ser muy estrictos en el recibir y muy severos en despedir a los ineptos. Se impone una estricta y cuidadosa selección de candidatos, que tenga en cuenta: sus rasgos hereditarios, la personalidad, la madurez humana especialmente en el aspecto afectivo sexual, la inteligencia, la aptitud para unas adecuadas relaciones interpersonales, la capacidad de tomar decisiones y asumir responsabilidades en un compromiso definitivo y en una vida de celibato plena y satisfactoriamente vivido, la aptitud para la convivencia fraterna con los colegas en el sacerdocio y para una obediencia madura y razonable y para un trabajo apostólico fecundo (en OSLAM, N°. 25, p.16). La existencia de estas características de madurez, aunque aún en ciernes, pueden ser mejor constatadas cuando los candidatos han tenido una experiencia previa de vida cristiana comprometida, dentro del contexto de su participación parroquial o en agrupaciones apostólicas.

2. GRUPOS DE VIDA

VER:

Según el DEVYM, al interpretar los resultados de la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal, "los datos nos muestran que (la dimensión comunitaria) es el aspecto de la vida de formación más contradictorio. (Los seminaristas) siempre viven en comunidad, pero después se aíslan en un individualismo y autosuficiencia insuperables... Existe una aceptación formal de las normas y exigencias, pero no se asume como un compromiso personal y comunitario con miras a una vivencia profunda de los verdaderos valores de la Comunión" (DEVYM, 1994, pp. 3 y 4).

Los obispos consultados también señalan que a los seminaristas "...se les forma comunitariamente y no salen con madurez comunitaria.. Se habla mucho en el seminario de vida comunitaria, pero no se logra vivirla... La vida comunitaria del seminario tiene mucho de artificial... Por la forma tan reglamentada como se lleva la vida de comunidad en el seminario, el seminarista no llega a tener una genuina expe-

riencia de cómo se vive en comunidad... Existe mucha camaradería, pero falta comunión fraterna... Hay relaciones funcionales... La vida comunitaria está marcada por el compañerismo y el grupismo; poco responde a la realidad afectiva. Hay un individualismo contrarrestado por una hipersensibilidad a los demás... La experiencia comunitaria es más soportada que vivida de manera entusiasta y participativa" (en DEVYM, 1994, pp. 3-4; y en OSLAM, N° 28, pp. 5 y 6).

JUZGAR:

Ante opiniones tan contundentes por parte de los obispos, que permiten apreciar un panorama de falta de formación concreta para la vida comunitaria en los seminarios, se plantea el desafío de cómo crear iniciativas y estructuras promotoras de auténtica fraternidad en el proceso formativo, de manera que en los seminarios y noviciados se le dé una verdadera prioridad al aprendizaje de la amistad y la solidaridad, así como se procura una sólida formación académica a nivel intelectual.

ACTUAR:

Se hace necesaria la incorporación de los seminaristas, desde el inicio mismo de su proceso formativo, en una dinámica de grupos de vida, voluntariamente conformados y bajo la supervisión de los padres formadores. En estos grupos pequeños, de cuatro a ocho miembros, los integrantes aceptan responsabilidad por su propio crecimiento y el de sus compañeros, en las áreas de oración, relaciones, estudio y servicio (O.R.E.S.), asumiendo un compromiso de apertura, confidencialidad y solidaridad entre sí, que les permita crecer en verdadera fraternidad y amistad a lo largo de su vida como seminaristas y, posteriormente, como sacerdotes.

Tal y como ha sido expuesto en los capítulos precedentes, el establecimiento de un programa de Grupos de Vida permite llenar el vacío de esa asignatura pendiente en la formación seminarística, sin la cual el seminario de corte tradicional no podrá ser transformado en un centro de formación de tipo auténticamente pastoral, que llene las necesidades formativas de aquellos que habrán de ejercer su ministerio

sacerdotal o religioso en los albores del tercer milenio del cristianismo. En este sentido, y como corolario a la Encuesta aquí citada, en las "Sugerencias enviadas por los Obispos como posibles soluciones a las causas del abandono del Ministerio", ellos mismos plantean... que desde los seminarios, se forme a los seminaristas para trabajar en grupos y vivir en pequeñas comunidades, a fin de preparar desde el período formativo una experiencia de fraternidad sacerdotal (en OSLAM, 1995, p..32).

Para cumplir a cabalidad con este propósito, los programas de Grupos de Vida deberán, no sólo promover en los seminarios mayores el aprendizaje de la fraternidad a nivel global, sino también ir definiendo apropiadamente los objetivos específicos que puedan ser alcanzados, como parte de esta vivencia, en cada una de las etapas de la formación, a saber: propedéutico, filosofía, teología, diaconado y primeros años de vida sacerdotal (Ver como referencia el proceso pedagógico desarrollado por el Instituto Vocacional Maestro Avila, citado anteriormente (IVMA, 1989).

3. ORIENTACION PSICOLÓGICA

VER:

Después de analizar las respuestas a la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal, el DEVYM afirma que "... el problema fundamental que lleva a muchos seminaristas a salir adelante sin una madurez que les permita afrontar las inconsistencias personales y los desafíos de la sociedad moderna es la falta de asesoramiento de especialistas en el acompañamiento personal (1994, p.1).

Por su parte, muchos obispos confirman esta apreciación cuando opinan que "... no hubo un seguimiento serio del psicólogo... Se requiere de orientación psicológica, y una mejor selección y acompañamiento... Personas inmaduras con experiencias traumáticas que. no recibieron el apoyo suficiente para la maduración... (en DEVYM, 1994, pp.1-2).

Asimismo, al considerar los distintos problemas que presentan los seminaristas, con la consiguiente necesidad de atención especiali-

zada para superarlos, algunos obispos señalan situaciones como las siguientes: “Deficiente formación de la personalidad, desequilibrio emocional, rechazo de la autoridad... Llegan personas inmaduras, con experiencias traumáticas, que no recibieron el apoyo suficiente para la maduración... Hay casos de desequilibrio emocional y de incapacidad para vivir la soledad humana; por tanto, les falta salud psíquica... Aunque se ha mejorado mucho en la formación humano-afectiva en estos últimos años, faltan todavía más elementos humanos y psicológicos, pues los peritos afirman que el joven hoy madura más tardíamente” (en DEVYM, 1994, pp.1-2; y en OSLAM, 1995, p.5).

JUZGAR:

Esta situación de inmadurez psicológica, agravada por desequilibrios y traumas de tipo emocional, así como por vacíos afectivos y una inadecuada formación del carácter, en muchos de los candidatos al sacerdocio o la vida consagrada, plantea el desafío ineludible de procurar los recursos idóneos a nivel de especialistas en el campo de la Psicología, que brinden asesoramiento a los seminarios en todo lo relacionado con la orientación general el psicodiagnóstico y la psicoterapia individual o grupal, como parte integral del proceso formativo. A este respecto, ya desde el año 1985, los obispos y presbíteros latinoamericanos convocados por el DEVYM para tratar este tema, habían señalado la necesidad de “... instituir formas de acompañamiento general y de evaluación periódica, con instrumentos idóneos, para la maduración psico-afectiva de los candidatos” (En OSLAM, 1995, p.40).

ACTUAR:

El seminario, por lo tanto, debe buscar el apoyo de profesionales en psicología u orientación que tengan un compromiso de vida cristiana y que, a través de un proceso de acercamiento con los encargados de la formación seminarística o religiosa, gocen de la confianza de los formadores. Estos profesionales pueden ser sacerdotes, religiosos o laicos recomendados mediante una consulta formulada a los obispos, sacerdotes, religiosos y líderes laicales en toda la región que atiende el

seminario. Una vez escogidos los profesionales idóneos, brindarán una asesoría general a los formadores y una atención específica a los seminaristas, mediante consultas individuales o dinámicas grupales.

Con relación a este servicio de asesoría psicológica, es preciso aclarar que cuando se trata de la aplicación de baterías de tests o de entrevistas clínicas para la realización de labores de psicodiagnóstico, los especialistas deberán entregar un informe psicométrico y recomendaciones para la toma de decisiones en relación con los seminaristas analizados, los cuales serán de indudable valor para el trabajo de discernimiento que realizan los consejos de formadores. En este sentido, sería conveniente que las pruebas psicológicas no se aplicaran exclusivamente como instrumento de selección al inicio de la vida seminarística, sino que también se aplicaran a mitad del proceso formativo, como una segunda medición que sirva de punto de comparación y de seguimiento a la primera.

Por otra parte, cuando los seminaristas presentan necesidades de tipo psicológico, estos deberían iniciar procesos terapéuticos con los profesionales apropiados, ya sea consultándolos por iniciativa propia o por medio de referencia de los formadores o del director espiritual. En estos casos, el especialista deberá mantener una estricta confidencialidad sobre todo lo tratado en consulta, ofreciendo una intervención psicológica que complemente, de forma privada pero efectiva, el proceso de formación humana de los seminaristas.

A este respecto, el Padre Jiménez Cadena es enfático al sugerir que "... cada Seminario debería disponer de uno o dos Formadores preparados en Psicología o al menos en Discernimiento (Orientación Psicológica), y cada Diócesis –al menos las más grandes–, de algunos Psicólogos, sacerdotes muy cuidadosamente seleccionados que pudieran ilustrar a los formadores y atender los casos frecuentes que requieren ayuda psicológica para sus hermanos en el presbiterio. Esta necesidad es tanto más apremiante, cuanto más difícil es encontrar entre los laicos, profesionales de la Psicología, no sólo competentes científicamente, sino de rectos principios éticos, especialmente en el área de la sexualidad, y con verdadero aprecio del celibato y ministerio sacerdotal. Pero cada Diócesis debería tener al menos un catálogo con unos pocos Profesionales de plena confianza a los cuales remitir los casos que se presenten" (Jiménez Cadena, en OSLAM, No. 28, p.18-19).

4. PLANES ANUALES DE CRECIMIENTO INDIVIDUAL (PROYECTO PERSONAL DE VIDA)

VER:

En la “Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal”, los obispos manifiestan criterios, tanto de manera general como específica, referentes a la necesidad de contar con un proyecto formativo que se aplique de forma individualizada y sistemática, durante todo el proceso de vida seminarística. Dicen algunos: En general me parece que no hemos logrado todavía un sistema de formación que sea capaz de responder a los seminaristas... Los seminarios, o son muy exigentes en lo exterior y no calan hondo en la vida espiritual, o están sin un proyecto sólido de formación (en DEVYM. 1994, p.6). En este sentido, también se ofrecen opiniones más específicas dirigidas a cada una de las áreas de la formación, tales como las siguientes:

Con relación al área humana, se dice que “.. no se ha dado una formación humano-afectiva sistemática... La carencia de formadores y la sobrecarga de actividades no permite un acompañamiento personal serio desde el inicio” (en DEVYM. 1994, p.2).

En lo tocante al área espiritual, “.... se observa la falta de unidad en el proceso formativo entre lo humano y lo espiritual, con objetivos bien claros según las edades y el progresar en las etapas de la formación... La formación espiritual puede ser a veces excesivamente ingenua y sentimentalista, mucha apariencia pero poco convencimiento interior” (en DEVYM, 1994, pp.2-3).

Con referencia al área comunitaria, se señala que “... los seminaristas mayores no son motivados para compartir los bienes... Hay mucha libertad para que cada quien organice su vida, y solamente se reúnen en el comedor y la capilla, sin espíritu de comunidad... Se da mucho aislamiento e incapacidad para trabajar en equipo... La solidaridad y la fraternidad son valores no asimilados en la vida de comunidad...” (en DEVYM, 1994, pp.3-4).

Al tratar sobre el área académica, y de acuerdo con las conclusiones a que llega el DEVYM en su análisis de la “Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal”, se afirma que “... la mayoría de los seminaristas provienen de clase pobre y de situaciones familiares muy difíciles,

con lo que se torna difícil hacer un acompañamiento efectivo y suplir todas las carencias en lo intelectual e integral de la persona" (DEVYM, 1994, p.5).

En lo relativo al área pastoral, se expresa que "... no se forma al estudiante para la vida pastoral, sino para el hacer pastoral... Carencia de una planificación, acompañamiento y revisión de las actividades pastorales" (en DEVYM, 1994, p.4).

JUZGAR:

Puede concluirse que son muchas las opiniones recabadas a través de la "Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal", tanto a nivel general como en lo tocante a las áreas específicas de la formación, que reflejan la ausencia de un acompañamiento individualizado y sistemático, más allá de la dirección espiritual, que permita al formador constatar el avance de los seminaristas o novicios a su cargo, en cuanto a su maduración integral hacia el sacerdocio. Se requiere, por lo tanto, considerar como prioritario el desafío de realizar un seguimiento más personalizado, mediante planes individualizados de crecimiento, que pudieran ser desarrollados y evaluados anualmente a lo largo de todo el proceso formativo.

ACTUAR:

Ante este desafío, y tomando como fundamento las cinco áreas de formación, a saber, humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral, el seminarista debería escribir, aproximadamente un mes antes de terminar el año lectivo, su propio plan de crecimiento o Proyecto Personal de Vida para el año siguiente. Este plan, al cual podrán hacerse ajustes finales al comienzo del siguiente año lectivo, incluirá metas concretas en cada una de las áreas de la formación, y será desarrollado con el apoyo del grupo de vida, así como del formador o director espiritual encargado (incluyendo al psicólogo u orientador que lo atiende, en caso de darse esta situación), pero bajo la responsabilidad del propio formando. El Proyecto Personal de Vida de cada año, deberá incluir una autoevaluación con base en las metas propuestas en el plan del año anterior. Aun en el caso de que el seminarista abando-

ne el seminario al final de un año lectivo, a éste debería exhortársele a continuar con su plan individual de crecimiento bajo la supervisión de su párroco, director espiritual o del liderazgo de una agrupación laical.

La realización de un “Proyecto Personal de Vida”, como instrumento para promover el crecimiento individual en áreas concretas, es una práctica que viene cobrando auge en distintos contextos a nivel latinoamericano y mundial. Entre otros muchos, podrían citarse algunos ejemplos de aplicación de esta metodología como los siguientes: El Padre Francisco Luque, S.J., en su libro “Un Proyecto de Vida” (1994), lo propone como el elemento clave para la culminación de ejercicios espirituales a jóvenes. También se utiliza este sistema de redactar anualmente un “Proyecto Personal de Vida”, con los aspirantes a la vida consagrada de la Fraternidad Alvernia, en Cartago, Costa Rica, donde funciona una casa de formación de los Padres Capuchinos para Centroamérica. Por su parte, los padres Eudistas practican esta estrategia formativa en sus seminarios, y la promueven a través de cursos que ofrecen a sacerdotes, religiosos y religiosas, así como a formadores, a nivel Latinoamericano.

Asimismo, resulta apropiado recalcar que en el mismo “Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros”, suscrito por la Congregación para el Clero en 1994, se reafirma la conveniencia del “Proyecto Personal de Vida” en el ministerio sacerdotal, señalándose que “... es deseable que cada presbítero, quizás con ocasión de los periódicos ejercicios espirituales, elabore un proyecto concreto de vida personal –a ser posible de acuerdo con el propio director espiritual– para el cual se señalan algunos puntos: 1) meditación diaria sobre la Palabra o sobre un misterio de la fe; 2) encuentro diario y personal con Jesús en la Eucaristía, además de la devota celebración de la Santa Misa; 3) devoción mariana (rosario, consagración o acto de abandono, coloquio íntimo); 4) momento de formación doctrinal y hagiográfica; 5) descanso debido; 6) renovado empeño sobre la puesta en práctica de las indicaciones del propio Obispo y de la propia convicción en el modo de adherirse al Magisterio y a la disciplina eclesiástica; 7) cuidado de la comunión y de la amistad sacerdotal” (Directorio, 76)

A este respecto, el Padre Carlos G. Álvarez, CJM, en el documento que acompaña a su curso sobre “Formación en la Dimensión Espiritual” (1996), afirma que el Proyecto Personal de Vida “es un

medio para impulsar y unificar el proceso de autoformación y maduración del creyente”. Y agrega: “El Proyecto Personal de Vida se realiza en tres aspectos: (1) Es un momento fuerte de revisión de vida y de toma de decisiones para el crecimiento; en este sentido es una experiencia. (2) Es un medio de integración de todos los aspectos formativos en una sola dirección; ayuda para la identificación de lagunas formativas y de elementos que pueden sostener el proceso. (3) Es un instrumento (trabajo escrito) que sirve de referencia para el autocontrol y el acompañamiento del proceso durante el semestre o año” (Álvarez, 1996).

En la aplicación de esta metodología al proceso formativo de los seminarios y noviciados, el Padre Álvarez sugiere que “al terminar los ejercicios al inicio del año escolar y, después de haber retomado su situación personal ante Dios, ante sí mismo y ante su compromiso eclesial”, el formando redacte su Proyecto Personal de Vida como expresión de su “orientación de vida personal y de alianza con Dios, incluyendo: (a) Un objetivo general para el año. (b) Un objetivo específico por áreas o dimensiones de la formación: humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral. (c) Unas metas, concretas para lograr en un año: dos por cada área de la formación. (d) Unas acciones o medios para alcanzar las metas: dos por cada meta” (Álvarez, 1996).

Por otra parte, cuando se trata “del inicio del primer año de la formación, el Padre Álvarez considera que para la realización del Proyecto Personal de Vida, la estrategia a utilizar debería considerar elementos complementarios tales como los siguientes:

1) Elaboración de la ficha psicológica, con la ayuda del psicólogo del seminario.

2) Elaboración de una autobiografía, con la ayuda de cuestionarios que planteen los rasgos fundamentales de la historia del candidato y que determinan el estado actual del mismo en cada una de las áreas de formación:

- Área humano-afectiva: Raíz de su historia.
- Área comunitaria: Nivel de socialización.
- Área intelectual: Nivel de estudios, capacidades, disciplina, método...
- Área espiritual: Grado de educación en la fe, tipo de experiencia de Dios, conciencia de Iglesia, Historia de la fe y la vocación.

- Área pastoral: Experiencias apostólicas, carismas descubiertos y latentes, concepto del ministerio y expectativas que tiene al buscar el presbiterado.

3) Tiempo especial para determinar las necesidades formativas y confrontarlas con:

- El modelo de hombre-persona: ¿qué tipo de hombre quiero ser yo?
- Las metas que el seminario le propone alcanzar en el primer año de formación.

4) Validación del trabajo realizado: Cada candidato revisa su Proyecto Personal de Vida con los compañeros de su grupo de vida, con el formador y con el psicólogo (Álvarez, 1996).

A este respecto, procede también considerar, para la implementación de los elementos 1 y 2 arriba apuntados, las excelentes pautas que ofrece el sacerdote y psicólogo Padre Juan de Castro en los apéndices de su libro “Estos jóvenes quieren ser sacerdotes”, para la realización de una autobiografía personal y de una entrevista a los candidatos, desglosadas en preguntas específicas que aportan un panorama general sobre la vida familiar, personal, afectiva, psicológica y apostólica del solicitante, así como sobre sus antecedentes en las cinco áreas de la formación: humana, intelectual, espiritual, comunitaria y pastoral (de Castro, 1991, pp. 114-122).

Finalmente, resulta conveniente recalcar que la estrategia metodológica sugerida por el Padre Carlos G. Álvarez, no solo es compatible con el planteamiento que se desarrolla en este Capítulo, sino que reafirma las acciones propuestas ante los desafíos descritos en los puntos anteriores, tales como comprobar la estabilidad del compromiso cristiano de los candidatos, el establecimiento de grupos de vida, el servicio de atención psicológica a los formandos, y la redacción de planes individualizados de crecimiento o “Proyectos Personales de Vida”.

5. CONVERSIÓN A JESUCRISTO

VER:

Al referirse a esta área de la vivencia espiritual de los candidatos al sacerdocio, los obispos consultados en la Encuesta son enfáticos al afirmar que “..... hace falta que se dediquen más a la oración personal, y que

aprendan a rezar con la vida... Da la impresión de que durante todo el periodo de seminario no se logra un encuentro personal con Cristo que llama, por quien debe consagrarse la persona al servicio de los hermanos... Parece que no salen del seminario con una experiencia muy fuerte de Dios, de oración, de actitudes profundamente evangélicas... Carencia de un encuentro personal con Dios que sea capaz de invadir todos los ámbitos de la persona del futuro sacerdote... Aunque hubo fidelidad en los momentos de oración comunitaria, la oración personal es deficiente... Los actos litúrgicos y demás actos de piedad están regulados por un horario, pero no se cuida la interiorización de los mismos... La experiencia espiritual no lleva a la conversión... Muchas fórmulas y poca vivencia real en Cristo y su seguimiento... Falta más oración bíblica... Falla el sentido de la cruz y de la soledad propios de la vida del sacerdocio” (en DEVYM, 1994, pp. 2-3; y en OSLAM, 1995, p.6).

Las deficiencias que apuntan los obispos durante la etapa formativa, tienden a agravarse una vez asumido el ministerio sacerdotal, con consecuencias mucho más lamentables, tal y como lo expresan algunos de ellos: “Falta identidad sacerdotal y convicciones evangélicas.. Vida desordenada e hiperactiva, con poca solidez espiritual... El activismo está caracterizado por una dispersión pastoral que lleva a fallar con la oración personal y el seguimiento de Jesús... Relativizan su vida espiritual, que ya de por sí es débil y superficial. Sus relaciones con el otro y con Dios son superficiales... Ante la ausencia de convicciones e ideales evangélicos interiorizados, se termina por abandonar la vida sacramental a nivel personal... El activismo funcionalista produce abandono de la oración personal” (en DEVYM, 1994, p.7; y en OSLAN, 1995, p.13).

JUZGAR:

Esta situación de superficialidad a nivel espiritual y de ausencia de patrones de oración profundamente vividos, que los obispos encuentran como una de las causas de la deserción sacerdotal en los primeros años de vida en el ministerio, refleja claramente el desafío que enfrentan los seminarios y noviciados de presentar a Jesucristo como el Dios encarnado, resucitado y vivo entre los hombres, quien muestra el rostro amoroso del Padre y ofrece el don de la presencia de

su Espíritu Santo. Es ante este Señor, a quien debe aceptársele como dueño y salvador personal, con quien los formandos necesitan establecer una relación vital y transformadora para poder vivir una vida auténticamente cristiana.

ACTUAR:

Debe dársele, por lo tanto, un énfasis prioritario en toda la vida del seminario o noviciado, particularmente en los retiros anuales, en la dirección espiritual individual y en los grupos de vida, a la experiencia de una conversión profunda de cada seminarista o novicio a Jesucristo, promoviéndose formas vivenciales de oración individual, lectura meditativa de la Palabra de Dios, búsqueda de la vida sacramental y expresiones concretas de amor y servicio, como parte integral de una relación de discípulos con el Señor, dueño soberano y salvador de sus vidas. En este sentido, como ya lo sugerían obispos y sacerdotes en su Encuentro de 1985, también se debe “fomentar el aprecio por el silencio y la soledad como ámbito necesario para profundizar en el diálogo con Dios” (En OSLAM, 1995, p. 40).

No debe darse por descontado que los seminaristas hayan experimentado previamente una auténtica conversión a Dios y, aun en tal caso, deben renovarla frecuentemente. Por otro lado; la vida de oración y comunión con el Señor necesita de la renovación continua de elementos vivenciales a nivel personal, y no solamente de la participación en la oración comunitaria que promueve la estructura misma del seminario.

Cuando el Padre Carlos G. Álvarez habla del acompañamiento personal que requieren los formandos, alude a la experiencia de conversión que San Pablo describe en su carta a los Filipenses, unos veinticinco años después de su primer encuentro con Jesús, como la base para el establecimiento de los siguientes pasos fundamentales que conduzcan a una profunda vivencia de relación con el Señor:

1. Asumir la propia realidad histórica (“En lo que a mí respecta, tendría motivos para confiar en mis títulos humanos...” Fil. 3, 4-6): La historia personal... la identidad propia..., la reconciliación consigo y con su historia..., el asumir valores..., el asumir vacíos y fracasos. Todo esto lo podemos lograr con algunos medios sencillos: la autobiografía, el test de personalidad, el diálogo personal.

2. Dejar algo (“Lo que entonces consideraba una ganancia, ahora lo considero pérdida por amor a Cristo ...” Fil. 3,7-8): Iniciar un proceso de purificación, tratando de superar todo aquello que lo domina..., lo disminuye..., lo aleja de Jesús..., o que no va con su identidad.

3. Adherirse, optar por Jesús, el Señor, como centro de la vida (“Cristo Jesús, mi Señor” Fil. 3, 8): De la renuncia se pasa a la adhesión. Es el momento de una decisión personal por Jesús, producto de una experiencia. Esta opción debe renovarse continuamente en las luchas de la vida.

4. Organizar una escala de valores (“Es más, pienso incluso que nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo” Fil. 3, 8): Todo lo cual plantea una nueva visión de las cosas: relativizarlas; saber centrarse en Jesús: poner en él su corazón; saber distinguir entre lo fundamental, lo necesario, lo importante, lo interesante, lo secundario, lo superficial...

5. Trabajar en el crecimiento y en el fortalecimiento de la vida cristiana (“Ser hallado en él., y conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos... Fil. 3, 9-16): Este trabajo es permanente a lo largo de la vida y, según Pablo, comprende los siguientes aspectos: Olvidar lo que quedó atrás; crecer en el conocimiento y el poder de la Pascua; tener conciencia de ser llamado y alcanzado por el Señor; luchar constantemente por alcanzar al Señor; tener capacidad de seguir adelante, sea cual sea el punto al que se ha llegado (Álvarez, 1996).

En conclusión, es imperativo apoyar sistemáticamente el proceso de conversión a Jesucristo de todos aquellos que se sienten llamados a la vida sacerdotal o consagrada.

6. TALLERES SOBRE SEXUALIDAD, AFECTIVIDAD Y CELIBATO

VER:

En su análisis de la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal, al tratar sobre los aspectos de la formación sexual y afectiva durante la etapa seminarística, Monseñor Felipe Arizmendi señala que “hay formadores que, ingenuamente, ven todo muy normal, y no se advierten los límites

y los riesgos. Algunos aprueban el noviazgo de seminaristas mayores; con ello, a éstos se les hace fácil justificar como naturales las relaciones sexuales y no tienen mayor problema de conciencia en llegar así a la ordenación". A este respecto, algunos de los obispos consultados, refieren que "no se ha dado una formación humano afectiva sistemática, como tampoco se ha insistido en las razones de fe que la Iglesia tiene para el celibato, celibato como carisma... Hubo cuestiones sueltas a nivel afectivo sexual que no fueron habladas oportunamente, y que aparecieron planteadas o puestas de manifiesto ya ejerciendo el ministerio" (en OSLAM, 1995, p. 4; y en DEVYM, 1994, pp. 1-2).

Con referencia al manejo de la sexualidad y la vida afectiva por parte de los sacerdotes jóvenes, otros obispos opinaron que ... la revolución sexual y el materialismo reinante sumergen al presbítero que no está adecuadamente formado para esta realidad... Los sacerdotes que abandonaron el ministerio no se caracterizaron por la prudencia en sus relaciones con la mujer; eran más bien compensatorias... Tuvieron excesiva familiaridad en el trato, con cierta presunción por no guardar el celibato... Sus relaciones fueron frívolas... Tuvieron marcada dependencia de la relación con el sexo femenino... Es muy preocupante que algunos sacerdotes jóvenes resultan comprometidos con otras personas, especialmente del sexo femenino, y que después de un año o dos de ministerio ya tengan hijos... El vacío afectivo y el temperamento poco luchador hace que la homosexualidad sea una manifestación clara de búsqueda de compensaciones... En lo humano-afectivo, no están suficientemente bien formados... Hay muchos casos de soledad afectiva... (en DEVYM, 1994, p. 1 y en OSLAM, 1995, p.11).

Todos estos datos sobre la falta de formación sexual y afectiva para el celibato, corroboran los resultados de estudios anteriores, realizados en la década de los años setenta, a raíz de las solicitudes de dispensa para abandonar la vida sacerdotal o religiosa, ocurridas en la etapa inmediatamente posterior al Concilio Vaticano II.

En su "Análisis de contenido en los casos de abandono de la Vida Religiosa" (1974), G. Pastor estudia más de 8.500 documentos, sometidos ante la Santa Sede, que explican las razones para pedir dispensa de los votos, y ... el autor concluye que el 20% de varones abandona la Vida Religiosa por motivos referentes al voto de castidad o a la imposibilidad de ordenar y sublimar la sexualidad. En cambio, entre las

mujeres el motivo sexual aparece en tercer lugar. Entre las razones aducidas se encontraban las siguientes: "Incapacidad de continuar viviendo una vida celibataria... Tengo una gran necesidad de afecto y amor de relaciones íntimas de tú a tú... Después de haber sido analizada por un psiquiatra, se llegó a la conclusión de que me estoy volviendo proclive a la homosexualidad y me recomienda casarme... Tengo un serio problema con el hábito de la masturbación que no he sido capaz de controlar o refrenar durante tres años... El celibato siempre me ha resultado un gran peso y desde hace tres meses amo a un hombre que me ama igualmente... Deseo liberarme de las obligaciones del voto de castidad..." (en González, L.J., 1981, p.536; y 1982, pp. 9-14).

En otro estudio de E. Colagiovanni, titulado "Le defezioni dal ministero sacerdotale" (1971), se presenta una situación aún más grave entre los sacerdotes, "quienes abandonaron el ministerio de 1964 a 1969, alegando el celibato para pedir la dispensa. Y la media general de los que aducen ese motivo, es de 94,44% en esos seis años. Se citan motivos como los siguientes: Durante el seminario era consciente de no poder observar el celibato, pero creía tener suficientes fuerzas después del sacerdocio... No me abrí al director espiritual, cambiaba continuamente de confesor: temía que me obligaran a salirme, y yo no quería... La vieja costumbre de faltar a la castidad antes del sacerdocio se adormeció en los dos años anteriores a la ordenación, pero después reapareció poderosa, un año, dos años después de la ordenación... La preparación recibida en el seminario para afrontar el mundo con las mujeres fue inadecuada, porque estaba hecha de huida y no de una reflexión madura respecto a la mujer y a la vida sexual. (en González, L.J., 1981, p. 537; y 1982, pp. 14-17).

JUZGAR:

Las opiniones citadas en todos estos estudios muestran que en muchos de los casos de abandono del ministerio ya existía una carencia, desde los años del seminario o noviciado, que no fue observada, atendida o madurada adecuadamente, para manifestarse luego, de manera mucho más patente y a la vez incontrolable, durante la vida ministerial. Esta situación refleja el claro desafío que afrontan los encargados de la formación de sacerdotes y religiosos, de proveer los

medios necesarios para brindar a los formandos un mejor proceso de madurez en las áreas relativas al conocimiento realista de la sexualidad humana, al manejo sano y equilibrado de la vida afectiva, y a la experiencia satisfactoria del celibato.

ACTUAR:

Debido a las demandas de la intensa vida académica que se respira en los seminarios, estos temas no pueden ser tratados, de forma exhaustiva y existencialmente aplicable, dentro del contexto de los cursos programados. Se requiere de otro tipo de metodología, tal como la organización de talleres anuales, de una semana entera de duración, y dedicados exclusivamente a la realización de presentaciones teóricas, testimonios de personas autorizadas, estudio de casos, lectura de materiales apropiados, diálogos grupales, etc., mediante los cuales se profundice, año a año, en los factores más relevantes que intervienen para el logro de un adecuado equilibrio a nivel sexual y afectivo, así como para la Práctica de una vida celibataria productiva y feliz. Estos talleres necesitarían programarse hacia el inicio de alguno de los semestres-probablemente para el comienzo del segundo semestre en que ya los seminaristas están individual y grupalmente más asentados-, de manera que no interfieran con la marcha de los cursos. Asimismo, la dedicación exclusiva de una semana para el tratamiento de un tema anual, relacionado directamente con la sexualidad, la afectividad o el celibato, garantizaría un mejor aprovechamiento por parte de los formandos.

La elección del tema a tratar cada año será responsabilidad del Consejo de Formadores, tomándose en cuenta la secuencia de temas anteriores, las necesidades reales y sentidas que experimentan los seminaristas en estas áreas, así como la disponibilidad de personas apropiadas que puedan asumir la realización de los talleres. Más aún, para garantizarle al tema anual que se desarrolla en cada taller un adecuado seguimiento, este proyecto no puede constituir una experiencia aislada a mitad del año lectivo, sino que necesita incorporarse dentro de las líneas que se siguen en la dirección espiritual, en los grupos de vida y en el tratamiento de temas afines en los cursos regulares.

También es preciso recalcar, en esta propuesta de acción, que la sexualidad, la afectividad y el celibato representan áreas realmente fun-

damentales en la vida sacerdotal y consagrada. por lo que requieren de un tratamiento especial dentro del proyecto formativo de seminarios y noviciados. En este sentido, cada una de estas áreas vitales para la formación es considerada, de manera particular, por el psicólogo y sacerdote mexicano, Luis Jorge González, al definir las tres causas prioritarias que según su experiencia clínica y pastoral inciden más directamente en los desbordamientos sexuales de sacerdotes y religiosos, a saber:

1. *Falta de apertura a la experiencia sexual.* Si alguien niega su experiencia sexual, con todos sus atributos naturales, entonces no dispone de su sexualidad. Por lo mismo, no hay libertad suficiente para que la oriente y la sublime según las pautas de la vida cristiana.

2. *Falta de apertura a la experiencia del otro.* La sexualidad, sobre todo cuando florece en forma de amor, es centrífuga o alocéntrica. Por su misma naturaleza se orienta hacia el otro. Por tanto, la falta de un compromiso arrancado por lo que el otro vive o experimenta, implica un almacenamiento exagerado de las energías propias del impulso sexual.

3. *Falta de apertura a la experiencia de Dios.* Normalmente, la experiencia de Dios tiene como punto focal el reconocimiento experiencial del amor de Dios. Y ese reconocimiento del amor divino suele estar cargado de una alegría profunda y expansiva. Fuera de esta relación personal y teologal con Dios, por medio de Cristo, el celibato cristiano resulta una aventura casi imposible “Tal vez se llegue al control sexual propio de la continencia. Pero, falta el aspecto positivo y constructivo del celibato” (González, 1981, p. 538).

Este planteamiento concuerda directamente con la posición manifestada por el también sacerdote y psicólogo, Padre Álvaro Jiménez Cadena, quien afirma que “hoy más que nunca hay que hablar al seminarista con suma claridad acerca de las realidades sexuales, de las grandezas, satisfacciones y problemas del matrimonio; de las renunciaciones del celibato, de sus obligaciones, dificultades y peligros; de los medios naturales y sobrenaturales para vivirlo con alegría y madurez. Pero más que instrucciones, lo que hay que procurar es la asimilación vital del sentido eclesiológico, escatológico y sobre todo cristológico del celibato sacerdotal. Sin un amor personal a Jesucristo, el celibato se vivirá como una simple condición o imposición jurídica que la Iglesia Latina exige a sus sacerdotes y que está llamado a desaparecer” (en OSLAM, 1995, pp. 22-23).

En conclusión, a menos que la sexualidad, la afectividad y el celibato sean tratados programáticamente, y de maneras más efectivas, dentro del proyecto formativo de seminarios y noviciados –más allá de la siempre valiosa dirección espiritual que reciben los formandos–, no se estará dando un verdadero apoyo al proceso de maduración de los futuros sacerdotes y religiosos, que les permita superar la tendencia natural a los desbordamientos sexuales y afectivos, y les posibilite una experiencia de auténtica realización personal en su vida ministerial.

7. FOROS DIALOGADOS

VER:

Al analizar la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal, se encuentran respuestas muy interesantes, por parte de los obispos, con relación a la escasa preparación que los seminaristas reciben para afrontar la realidad sociocultural en la que se verán inmersos a lo largo de su ministerio presbiteral. Algunos obispos opinan que “... la formación humanística, filosófica y teológica no corresponde a los tiempos modernos... Falta una filosofía cimentada, que apoye una visión más congruente del hombre, del mundo y de Dios... El secularismo no es suficientemente explicado y combatido... Falta cotejar la realidad sociocultural de hoy con la propuesta cristiana formulada seriamente para todos los estados de vida... Una visión fragmentada de la realidad produce radicalismos inconsecuentes y frustraciones... Faltan Seminarios inculturados, donde la formación respete los valores culturales... La movilidad social causa graves traumas en los candidatos de culturas autóctonas... El choque cultural es una de las causas más importantes en la situación actual de los sacerdotes... Víctimas de la cultura-ambiente frente a la cual no logran actitudes críticas, les falta discernimiento; el seminarista va por un camino distinto al que presenta el seminario...” (en DEVYM, 1994, p. 5; y en OSLAM, 1995, p. 8).

Más aún, al referirse a las consecuencias en la vida ministerial de la formación intelectual recibida en los seminarios, y particularmente en lo tocante a los factores socio-culturales, Monseñor Felipe Arizmendi comenta que “los cambios sociales constituyen los desafíos más fuertes a la vida y ministerio del presbítero, sobre todo cuando lleva

una vida solitaria y de aislamiento”. Y agrega las opiniones de otros obispos consultados en la Encuesta, quienes afirman que “el fenómeno de la modernidad y post-modernidad desestructura al presbítero joven... Hay deficiente comprensión del ministerio sacerdotal... Tendencia al secularismo... Opción exclusiva por lo social... Radicalismos ideológicos... Algunos se adhieren a movimientos milenaristas por falta de formación profunda...” (en OSLAM, 1995, p.13).

Finalmente, se insiste en que “la cultura moderna y post-moderna, transmitida por los medios de comunicación social, tiene una influencia muy fuerte en la vida de los presbíteros... Para el joven, y en general para las personas, cuenta su propia realización, al margen de todo criterio moral... La cultura actual no cree que el celibato sea un valor, y tampoco cree que el sacerdote sea célibe... El hedonismo, el ambiente erotizado, la sociedad machista, el liberalismo sexual, la cultura de la subjetividad y otras situaciones nuevas, reclaman la nueva Presencia del sacerdote... Lo socio-cultural es una problemática de muy difícil manejo, quizás por falta de mecanismos efectivos para acompañar la vida y el ministerio de los presbíteros... El aspecto socio-cultural está ausente del curriculum académico...” (en OSLAM, 1995, p. 8).

JUZGAR:

Todos los criterios anteriores se resumen en la opinión de uno de los obispos participantes de la Encuesta, cuando señala que “lo socio-cultural es un permanente desafío para la formación de hoy” (en OSLAM, 1995, p.8). Ciertamente, ante la rapidez de los cambios que ocurren en el mundo contemporáneo, y debido al continuo bombardeo de patrones, valores e ideologías contrapuestas al cristianismo, así como de prácticas consumistas, de situaciones de sobre-estimulación ambiental, particularmente en la esfera sexual, y de tendencias generalizadas de desintegración familiar y social, la Iglesia necesita afrontar el reto inmenso de ofrecer a sus futuros sacerdotes y religiosos una formación que los prepare, no solo para sobrevivir en tales ambientes, sino para ser capaces de contrarrestarlos y contribuir a su transformación.

ACTUAR:

Conviene organizar, con una frecuencia mensual o bimensual, como parte de la vida del seminario, foros dialogados continuos sobre temas de gran importancia y actualidad, tales como vida de Iglesia, ecumenismo, laicado, sexualidad, celibato, matrimonio y familia, desintegración familiar, economía y política, situaciones de miseria e injusticia, ideologías, tendencias sociales al secularismo, materialismo, hedonismo, consumismo, capitalismo, etc. ... Estos foros pueden organizarse con la participación de personas conocedoras de estos temas y que puedan compartir un testimonio vital de compromiso a nivel eclesial, sin excluir tampoco testimonios y posiciones antagónicas, que obliguen a una confrontación de criterios ante la audiencia de formadores y seminaristas. Asimismo, aprovechando las ventajas tecnológicas actuales, los foros pueden consistir frecuentemente en la proyección de videos documentales o películas dramáticas que merezcan un análisis serio de su contenido, en el que intervengan también los formadores, profesores o especialistas invitados, según los temas, para orientar la discusión al respecto. De esta manera, los foros incluirán presentaciones temáticas individuales, paneles o debates, así como análisis de películas, obras de teatro, canciones populares o folclóricas, etc.; todo lo cual contribuirá a que los formandos puedan analizar críticamente los mensajes, tanto positivos como negativos, implícitos o explícitos, de tales presentaciones. Finalmente, es importante recalcar que en estos foros deben plantearse con claridad las áreas de controversia dentro de cada tema, exponiendo tanto las experiencias constructivas como destructivas que ocurren en la vida real, para ir promoviendo una postura cada vez más madura y crítica ante las realidades que seminaristas o novicios afrontarán en su vida ministerial.

Esta propuesta de acción corresponde directamente con algunas de las "Conclusiones del Encuentro sobre el Abandono del Ministerio Presbiteral", realizado en Bogotá, Colombia, en noviembre de 1985, y suscritas por un grupo de obispos y presbíteros de varios países de América Latina, a saber:

– Ofrecer elementos que formen en los seminaristas y presbíteros un discernimiento crítico que los capacite para afrontar el secularismo teórico y práctico actual.

– Educar la conciencia de los seminaristas para que, lejos de una moral marginal y de riesgo, se capaciten y den garantías para llevar una vida sacerdotal coherente.

– Preparar a los candidatos para un discernimiento pastoral de la realidad sociocultural secularizada.

– Ofrecer elementos formativos para una postura crítica y valorativa de los seminarios frente al mundo secularizado y pluralista:

- * En lo humano-comunitario, formar personalidades maduras e integradas.
- * En lo espiritual, formar creyentes sólidos y con una fe en continuo crecimiento.
- * En lo teológico-intelectual, formar conocedores de la problemática humana y del Magisterio de la Iglesia.
- * En lo Pastoral, formar apóstoles relacionados con el mundo que van a evangelizar (en OSLAM, 1995, pp. 39-41).

8. PARTICIPACIÓN DEL CLERO

VER:

Son muchas las opiniones que ofrecen los obispos en la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal, en las que se asocian las defecciones del ministerio con relaciones inadecuadas entre los sacerdotes jóvenes con sus compañeros en el presbiterado o con sus mismos obispos. En cuanto a lo primero, afirman los obispos que “en las relaciones con los compañeros sacerdotes existen muchos celos, superficialidad y no aceptación de la corrección fraterna... Falta comunión, falta vivencia de cuerpo colegial y falta participación en el logro de los objetivos de la Iglesia particular... Hay desintegración entre los sacerdotes jóvenes y los mayores... (El sacerdote joven) es influenciado por el mal ejemplo de los mayores... Falta conciencia de presbiterio, de colegialidad afectiva y efectiva” (en DEVYN, 1994, pp.7-9).

En lo tocante a las relaciones con el obispo, los encuestados señalan que en muchos casos de abandono sacerdotal existía “...escasa relación fraternal, filial y viceversa... Menosprecio de la autoridad del Obispo y de la Iglesia jerárquica... Tensiones entre la línea pastoral del Obispo y de los sacerdotes. Rechazo de las recomendaciones y los consejos...

En algunos casos, falta de tacto y cuidado paterno por parte del Obispo.. En otros, falta de confianza y sinceridad por parte de los sacerdotes... (El sacerdote) era muy respetuoso, muy educado, pero no llegó a tener una relación sincera y amistosa... Se mostraba atento, servicial y hasta sumiso, pero no confiaba sus grandes problemas..." (en DEVYM, 1994, p.9).

Monseñor Felipe Arizmendi, en su análisis de la Encuesta, sugiere a este respecto que "...en este último punto, se nota que las respuestas vinieron sólo de parte de los obispos. Nosotros nos defendemos y fácilmente culpamos a los presbíteros. Si la encuesta se hubiera hecho también a ellos, sobre todo a quienes abandonaron, nos culparían mucho más a nosotros. Nos dirían, por ejemplo, que no fuimos capaces de escucharlos, de buscarlos como un buen pastor, de curarlos en sus heridas. Nos reprocharían no tener programas concretos de acompañamiento, diferenciados para las distintas edades. Nos tacharían, quizá, de injustos y arbitrarios, insensibles, poco paternales y amigos". Más aún, Monseñor Arizmendi termina su comentario afirmando que "...cada sacerdote que abandona el ministerio debería ser ocasión de un examen de conciencia, para cada obispo y para cada comunidad presbiteral" (En OSLAM, 1995, p. 12).

JUZGAR:

De todas estas opiniones se concluye, como dicen un par de los obispos encuestados, que en muchos de los casos "hay muy poca amistad y compañerismo entre los sacerdotes..., y no hay suficiente acercamiento con el Obispo" (en DEVYM, 1994, p.9). El gran desafío al que se enfrentan los seminarios y noviciados a este respecto, entonces, no consiste sólo en fomentar un ambiente de fraternidad entre seminaristas o novicios, que los prepare para apoyarse mutuamente en su futuro ministerio –como se mencionaba en el punto sobre los "Grupos de Vida"–, sino también en promover un verdadero acercamiento con sus obispos y el resto del presbiterio a lo largo de toda la etapa formativa.

ACTUAR:

Los obispos y sacerdotes de las diócesis representadas en el seminario necesitan participar con mayor asiduidad en la vida seminarística

ca, en actividades formales e informales que permitan un diálogo directo con los seminaristas, de manera que éstos puedan ir estableciendo relaciones de familiaridad y confianza con aquellos, así como ir siendo conocidos de manera directa por sus futuros pastores y compañeros en el ministerio.

Son muchas las dinámicas que podrían sugerirse para fomentar este tipo de encuentros relacionales entre obispos, sacerdotes y seminaristas. A nivel general, por ejemplo, se podrían realizar actividades como las siguientes:

- Convocar ocasionalmente las reuniones periódicas del obispo con su presbiterio diocesano en la sede del seminario, procurándose un tiempo informal de compartir fraterno con los seminaristas durante el almuerzo o la cena, así como actividades de diálogo dirigido por grupos pequeños de sacerdotes y seminaristas, donde se analicen temas específicos de alto contenido existencial que promuevan el conocimiento mutuo.
- Permitir que los seminaristas avanzados que cursan la etapa de teología participen en los retiros espirituales anuales organizados para el presbiterio, cuando éstos se realizan en tiempo de vacaciones, promovándose su integración con los obispos y sacerdotes asistentes durante los recesos, las comidas, los grupos de diálogo, las tertulias nocturnas, etc.
- Invitar a los obispos y presbíteros a actividades especiales organizadas en el seminario, tales como el “Panel sobre fraternidad sacerdotal” –todos los años durante la ‘Semana de los Grupos de Vida’–, las noches diocesanas por grupos de vida u otras actividades de tipo diocesano, semanas de reflexión teológica con invitados especiales, ordenaciones sacerdotales, veladas artísticas, competencias deportivas, encuentros informales en la sede del seminario, al igual que paseos o convivencias en otros lugares.
- Fomentar la participación de los seminaristas en celebraciones a nivel diocesano, ya sea de manera general o por grupos pequeños, en peregrinaciones, fiestas patronales, cumpleaños del obispo, o de los párrocos y coadjutores donde realizan una labor pastoral, reuniones informales de los sacerdotes que pertenecen a las distintas vicarías o regiones en las que ellos sirven, etc., que permitan el establecimiento de relaciones sanas

de compañerismo y amistad con sus futuros hermanos en el ministerios.

Finalmente, y a nivel particular, es especialmente importante que el obispo promueva una relación personalizada con cada uno de los seminaristas de su diócesis, dándole una prioridad mayor a este esfuerzo durante los años de teología. Cada obispo, según su estilo de personalidad y manera de ser, debería encontrar las ocasiones y ambientes más adecuados para cultivar esta relación personal y afectuosa con ellos, aprendiendo a conocerlos individualmente, interesándose por sus necesidades particulares y manifestándoles siempre su afecto paternal. Y, una vez ocurrida la ordenación, se hace necesario intensificar aún más esta relación, tal y como lo afirma uno de los obispos encuestados, al sugerir la iniciativa de ayuda y acompañamiento a los sacerdotes: “Para los obispos que tenemos el clero muy disperso geográficamente, por las exigencias pastorales, sería necesario pasar algunos años cerca del obispo aunque esto exija dejar vacantes algunas parroquias. Visito con frecuencia a los que están más alejados para fomentar la fraternidad y la animación ministerial. Procuro no dejarlos solos, propiciando buenos equipos pastorales mixtos, serios, comprometidos y alegres” (en OSLAM, 1995, P. 35)

Este tipo de relación de verdadera confianza y apertura con el obispo, resulta crucial hoy día, según opinión del P. Álvaro Jiménez Cadena, debido a que “durante estos últimos años, parece haber tomado mayor relevancia que en otros tiempos, como causa del abandono del sacerdocio y de la vida religiosa, la crisis de la obediencia y de la autoridad. Estudios realizados en otros países como Estados Unidos, demuestran que el descontento con los Obispos o Superiores, con la manera de ejercer la autoridad en la Iglesia, constituyen una de las causas más frecuentemente alegadas por muchas personas al retirarse del ejercicio ministerial o de la comunidad” (en OSLAM, 1995, p. 26).

9. RELACION CON LOS LAICOS:

VER:

Los obispos consultados en la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal encuentran que una de las causas relativas a la deserción tiene

que ver con el trato inadecuado e inmaduro de seminaristas y sacerdotes con los laicos. En cuanto a la etapa seminarística sugieren que hay “inmadurez psicológica traída de la familia descompuesta. Esto lleva a buscar apoyo y compensaciones en las relaciones no sanas con personas o familias... A unos les faltó el trato con personas del otro sexo... (En otros casos), se daba mucha libertad en los afectos y cariños con el elemento femenino joven”. Por otra parte, refiriéndose a los presbíteros que han abandonado el ministerio, los obispos opinan que en muchas situaciones se da una “relación imprudente con los laicos, especialmente con la mujer... Se buscan amistades con personas adineradas y relaciones preferenciales o discriminadas con los laicos... Algunos tienen una preocupación excesiva por su familia... Ruptura entre visión de Iglesia y los planes de pastoral, donde ellos hacen todo sin la participación de los laicos... Todavía está presente en muchos jóvenes sacerdotes la idea de que el presbítero es una figura que posee la autoridad, el mando, el respeto.. Falta una formación pastoral de corresponsabilidad con los laicos” (en DEVYM, 1994, pp.1 y 8; en OSLAM, 1995, p. 4, 9 y 11).

JUZGAR:

Todas estas observaciones denotan un común denominador de inmadurez, por parte de muchos seminaristas y sacerdotes jóvenes, en su trato con los laicos. Aunque los obispos le dan un énfasis particular a la falta de patrones adecuados en cuanto a la relación con la mujer, se refieren también al vínculo con sus propias familias –en unos casos de distanciamiento, en otros de sobre-dependencia–, así como al establecimiento de relaciones compensatorias e inapropiadas con ciertas familias o laicos adinerados, ignorando por otra parte a la generalidad del laicado en sus planes de pastoral. Toda esta situación plantea el desafío específico de “educar al seminarista para una relación sana, positiva, serena y propia de un célibe consagrado, ante la mujer” (en OSLAM, 1995, p.40), como parte de un desafío mucho más general, consistente en desarrollar mecanismos formativos que promuevan un verdadero proceso de maduración, por parte de los seminaristas, en su relación con los laicos.

ACTUAR:

Es de vital importancia que los seminaristas entren en relaciones de relativa profundidad con laicos comprometidos de distintas edades y situaciones de vida. Por un lado, deberían participar frecuentemente en ciertos eventos con algún grupo seglar de pastoral juvenil que tenga integrantes de ambos sexos y de las mismas edades que los seminaristas. Asimismo, es necesario promover un contacto vivencial con matrimonios y familias cristianas comprometidas que pudieran acompañarlos durante todo su proceso seminarístico, permitiéndoles una relación caracterizada por visitas ocasionales a sus hogares. Todo esto contribuiría a llenar áreas de vacío en el desarrollo previo en el ámbito afectivo y a un mejor discernimiento en la decisión vocacional por el sacerdocio o la vida laical.

En el caso de los movimientos de pastoral juvenil, la inserción de los seminaristas podría iniciarse con su inscripción voluntaria en un “encuentro”, “retiro” o “jornada”, organizado por alguno de los movimientos amigos, durante el año introductorio o propedéutico. En este “encuentro”, que dura todo un fin de semana, los seminaristas intervendrían de la misma manera que los demás laicos invitados, procurando que se integren con ellos en las mesas o grupos de diálogo. Asimismo, compañeros del seminario y familiares, de ser posible, asistirían a la “salida del encuentro” para recibirlos, junto con el resto de familiares y amigos de los participantes. A partir de allí, los seminaristas que han hecho el “encuentro” procurarían hacerse presentes en actividades especiales del movimiento, tales como salidas de nuevos “encuentros”, convivencias o paseos, celebraciones navideñas, etc. Sin embargo, de ninguna manera se pretendería una asistencia regular de tipo semanal o mensual, que pudiera interferir con el ritmo de vida y los compromisos propios de la vida seminarística; pero si se promovería el que cada seminarista mantenga contacto ocasional con sus “compañeros de mesa o de promoción” durante su etapa formativa. En el caso de existir más de un movimiento que quisiera entrar en este tipo de relación con el seminario, siempre refrendado por el obispo y el consejo de formadores, los seminaristas tendrían opción de escoger aquel en el que deseen participar de manera extraordinaria, o, incluso, de mantener esta misma relación con algún otro movimiento, aprobado por su

obispo, al que hubieran pertenecido con anterioridad a su entrada en el seminario. El seminario, por su parte, daría acogida a los líderes de los distintos movimientos, para que anualmente se acercaran al seminario a describir sus experiencias particulares de vida eclesial, e invitar a los seminaristas a conocerlos más de cerca, en un status extraordinario y de participación voluntaria. Esto permitiría una mayor exposición de los formandos a las distintas opciones de dinámicas grupales entre los laicos, manteniendo un vínculo particular, pero no excesivo, con alguno de ellos, lo que redundaría en un aprendizaje para relacionarse de igual a igual con compañeras y compañeros de movimiento, dentro del contexto de un ambiente laical.

En lo tocante al acercamiento con familias maduras que estén viviendo un activo compromiso eclesial, el seminario seleccionaría a tales familias basándose en las recomendaciones de los párrocos y líderes de movimientos laicales. Estas familias deben estar consolidadas y tener hijos mayores que se identifiquen, por nivel generacional, con los seminaristas a quienes acogerían en ciertas actividades familiares. El primer contacto se realizaría en una reunión grupal de un día entero, organizada por el seminario introductorio, en la que las familias escogidas puedan conocer y relacionarse con los formandos, y viceversa, para luego tomar en cuenta las sugerencias de ambas partes en la asignación de la familia que acompañaría a cada seminarista durante su formación. Basados en la experiencia adquirida por programas de intercambios familiares a nivel internacional, es conveniente preparar previamente a las familias, al igual que a los formandos, para conocer el rol que desempeñarían éstas en el acompañamiento del seminarista asignado, los momentos apropiados para las visitas a las casas, los problemas que pueden surgir y sus posibles soluciones, etc. Asimismo, las familias se comprometerían a fomentar la relación del seminarista con su propia familia natural, incluso llegando a conocerla personalmente, y procurando mantenerse en contacto con el formador supervisor en cada caso, de manera que esta experiencia no conduzca a relaciones insanas con ninguna de ambas familias.

Finalmente, el consejo de formadores debería promover una mayor participación de los laicos en la vida del seminario, tanto a nivel del personal docente o administrativo, como mediante la invitación de laicos maduros a actividades especiales, la organización de eventos en

los que participen las propias familias y amigos de los seminaristas, al igual que las familias y los movimientos juveniles de los programas especiales anteriormente descritos.

De esta manera, tal y como sugiere el Padre Alvaro Jiménez Cadena al referirse a los vínculos con el laicado, los nuevos presbíteros serán capaces de relacionarse adecuadamente con "... los laicos y subordinados, o sea, con aquellas personas, tanto hombres como mujeres, que prestan su servicio y colaboración al sacerdote, como son tantos laicos comprometidos, empleados de la parroquia, secretaria y ama de casa, obreros, acólitos, etc." (en OSLAM, 1995, p. 25). Más aún, esta necesidad de establecer buenas relaciones con los laicos por parte de los sacerdotes, también debe entenderse en sentido inverso, como se propone en las conclusiones del "Encuentro sobre el abandono del Ministerio Presbiteral" realizado en 1985 en Bogotá, donde se hace una petición explícita "a los religiosos, religiosas y laicos de las diversas comunidades, (para) que manifiesten solicitud creciente por sus sacerdotes, expresándola, principalmente en la oración, en el justo aprecio por el ministerio que ejercen y en la amistad hacia ellos (en OSLAM, 1995, p.42).

10. AÑO DE INTEGRACION COMUNITARIA (AÑO DE PASTORAL)

VER:

Al considerar en este punto la situación de los seminarios latinoamericanos, conviene resaltar de nuevo lo que afirmaba uno de los obispos participantes en la Encuesta, de que "puede decirse que un candidato al sacerdocio que ha ingresado en el seminario, capaz de superar las exigencias académicas y con un discreto grado de integración, pasa de curso en curso sin mayores obstáculos" (en DEVYM, 1994, p.2). Asimismo, otros obispos manifiestan que "hay una mal entendida solidaridad que tiende a encubrir a los compañeros aunque conozcan cosas graves, y así pueden pasar todo el período del seminario sin que los formadores se enteren de la verdad... En términos generales, diría que la causa del abandono del ministerio en el sacerdote joven es el desengaño... (También hay) falta de integración en la parroquia y con los compañeros sacerdotes" (en DEVYM, 1994, pp. 6 y 8).

JUZGAR:

Estas, y otras opiniones citadas anteriormente, reflejan que a menudo el proceso seminarístico conduce a muchos candidatos hasta la ordenación presbiteral de una manera poco cuestionada, sobre todo en aquellos casos que se conforman a las normas de la casa, mantienen un rendimiento académico aceptable, se integran con sus compañeros, y no se conocen contraindicaciones graves que pongan en entredicho su vocación sacerdotal. En este sentido, el esquema de vida del seminario crea un ambiente demasiado estructurado y protegido, que impide reconocer a tiempo ciertas áreas de inmadurez o deficiencias de personalidad del formando, al igual que ciertos pecados o debilidades aparentemente menores, los cuales no se hacen realmente evidentes sino hasta que el sacerdote se enfrenta solo al mundo exterior tras su ordenación. Esta situación plantea el desafío de cómo incluir dentro del proceso formativo una oportunidad de realizar un alto en el camino, de manera que los seminaristas puedan confrontar, sin presiones externas o apoyos excesivos, su propia realidad como personas y su llamada vocacional dentro del contexto de un mundo secularizado, el cual necesitan conocer, de la manera más realista posible, antes de su ordenación diaconal o presbiteral.

ACTUAR:

Durante la etapa del acolitado, y previo a asumir el diaconado –quizás una vez concluidos los estudios teológicos–, sería humanamente muy enriquecedor que los formandos tomaran un año fuera del seminario, sugiriéndoseles una experiencia de integración comunitaria en la que pudiera incluirse, según el caso, un medio tiempo de asignación para servir en una parroquia, bajo la supervisión del párroco, y otro medio tiempo de asistencia a cursos libres complementarios a la formación teológica de manera externa. Se insistiría en su participación activa dentro de un movimiento de pastoral juvenil o agrupación laical, así como en un mayor acercamiento, de ser posible, a su propia vida familiar. La evaluación de esta experiencia debería realizarse en varios momentos, durante el transcurso y al final de este año de integración comunitaria, tanto con los compañeros del grupo de vida,

como con el párroco supervisor y el formador o director espiritual encargado de cada seminarista.

Esta experiencia de “Año Pastoral” es una de las recomendaciones propuestas al DEVYM por los Obispos de América Latina, reunidos en México para la XXV Asamblea Ordinaria del CELAM en mayo de 1995, cuando sugieren “animar la implantación del Año Pastoral en el proceso formativo del Seminario” (Boletín CELAM, Año 1995, N°. 26B, Recomendaciones 62).

Durante este año de integración comunitaria, los seminaristas podrían afrontar diversas situaciones que confronten su desarrollo maduro en áreas tales como: conocer desde adentro el funcionamiento de una parroquia y la relación cotidiana con el Párroco; organizarse su propio horario para cumplir con sus cursos y responsabilidades parroquiales; enfrentar áreas de debilidad o tendencia al pecado por convicción propia y no por coerción social; relacionarse informalmente con amigos y amigas en un ambiente menos restrictivo que el de un seminario; aclararse su llamada vocacional al sacerdocio o la vida laical sin la presión inmediata de sus compañeros o formadores; reafirmarse en áreas de madurez afectiva y psicosexual dentro de un contexto más variado y más libre que el ambiente estructurado y casi exclusivamente varonil del seminario; acercarse a sus propias familias con frecuencia y tratar de asumirlas con una mayor madurez que la que tenían al iniciar su propedéutico; establecer contacto directo y de manera cotidiana con el mundo secularizado en que han de vivir a su salida del seminario y desarrollar recursos internos para estar en el mundo sin ser del mundo (Juan 17, 15-18); etc...

Sin embargo, también deben considerarse cuidadosamente ciertas variables que podrían influir negativamente en esta experiencia, como las siguientes: La libertad requerida para este Año de Pastoral no debe implicar que se descuide un cierto acompañamiento básico, consistente en mantener la dirección espiritual acostumbrada –aunque quizás con menor frecuencia–, participar en reuniones periódicas del grupo de vida, y recibir apoyo del párroco encargado de la supervisión del seminarista. Por otra parte, debido a que después de una experiencia de mayor autonomía y responsabilidad personal, tiende a hacerse difícil a los candidatos al sacerdocio su reintegración a la estructura y hábitos normales de vida del seminario, convendría que esta experiencia se

programe para el final de la etapa de estudios teológicos, pero con anterioridad a la ordenación diaconal, de forma que no se requiera de un retorno al seminario a la hora de procederse al escrutinio definitivo para acceder al diaconado. Esto también beneficiaría a aquellos en cuyos casos se opte por no llegar a la ordenación, pues al haber concluido con los requisitos de su curriculum de estudios, puede facilitárseles, en muchos casos, su equiparación para acceder a un título en otras carreras universitarias afines.

En conclusión, los logros que pueden obtenerse con este tipo de vivencia de integración comunitaria pueden ser muchos. De igual manera, las metas serán diferentes según el caso de cada seminarista; e, incluso, el tiempo dedicado a esta experiencia deberá considerarse con flexibilidad, pues en casos calificados podría abreviarse —u obviarse del todo—, así como podría ampliarse a más de un año en ciertas situaciones que lo aconsejen. Lo que es primordial en todos los casos, sin embargo, es ofrecer una oportunidad de mayor maduración humana y espiritual a los candidatos al sacerdocio, con anterioridad a su ordenación diaconal. Pues, como afirma el Padre Alvaro Jiménez Cadena, nunca se recalará bastante la seriedad del compromiso perpetuo que implica el diaconado y la ordenación sacerdotal. Por ello debe insistirse mucho con los formandos en la capacidad para tomar decisiones maduras y para asumir responsabilidades. Estas dos son características esenciales de toda personalidad madura y constituyen el polo opuesto al conformismo, a la dependencia y a la indecisión. El candidato al diaconado tiene que haberse liberado de posibles presiones que lo movieron tal vez a ingresar al Seminario, provenientes de una madre piadosa o de otros familiares, de algún promotor vocacional, de amigos y compañeros del Seminario; quizás del mismo Obispo quien con frecuencia infunde cierto temor reverencial; de los benefactores que han costeadado sus estudios, etc. Su decisión tiene que ser enteramente libre, personal y asumida con plena conciencia: Es mi vida y mi persona la que están en juego. Tengo conciencia clara y plena de lo que significa una vida célibe. Yo soy el único responsable de mi decisión. Nadie más puede tomar esta decisión por mí. Yo soy quien asumirá las consecuencias. Tendré que dar cuenta a Dios de mi opción” (en OSLAM, 1995, p. 24).

PUNTOS COMPLEMENTARIOS PARA UNA PROPUESTA DE FORMACIÓN PARA LA MADUREZ HUMANA Y SACERDOTAL

Los siguientes tres puntos complementarios, que pudieran formar parte de esta “Agenda Siglo Veintiuno”, que contribuya a definir un proyecto formativo para la madurez humana, afectiva y espiritual de sacerdotes y religiosos a nivel latinoamericano, se desprenden también del análisis de la “Encuesta sobre el abandono del ministerio sacerdotal por parte de los sacerdotes jóvenes” (DEVYM, 1994), pero refiriéndose específicamente a la etapa posterior a la ordenación. Por consiguiente, se plantean desafíos prioritarios y propuestas de acción aplicables, ya sea al inicio del ministerio, ya a la totalidad de la vida sacerdotal o consagrada.

1. PARROQUIAS MODELO

VER:

Ciertas deficiencias en el inicio de la vida ministerial constituyen una de las causas, citadas por los obispos, de la deserción sacerdotal durante los primeros años después de la ordenación. Entre las razones propuestas se consignan las siguientes: “Nuestro continente tiene urgencia de atención pastoral, algunas de ellas apremiantes, por lo que es frecuente abocar a los recién ordenados para su atención. Por laudable que sea la intención, muchas veces la distancia lleva a la soledad, al aislamiento con el Obispo y con los compañeros, (alejándose de aquellos) que le alientan a no descuidar su vida.. Falló la selección de párrocos y parroquias para la praxis pastoral... Faltan modelos sacerdotales”.. Es difícil encontrar un sacerdote que quiera formar comunidad con el otro... Nombrados solos a cargo de una parroquia, (tienen) poca vida de oración y demasiada comodidad. No siguen un sistema de vida donde fe y acción pastoral estén unidos... Son destinados a trabajar en parroquias muy aisladas, sin una organización pastoral equilibrada... (Hay mucho) activismo, protagonismo, exageraciones, falta de reflexión, y carencia en las bases teológicas (en DEVYM, 1994, pp.3-8).

JUZGAR:

Las opiniones de los obispos, aquí citadas, las resume el Padre Álvaro Jiménez Cadena, en su análisis de la Encuesta, al juzgar que hay que evitar a toda costa el profundo error de destinar a un joven neo-sacerdote a una parroquia lejana, en donde tendrá que afrontar el aislamiento y la soledad total, en ambientes pesados y secularizados, en donde impera la más absoluta libertad sexual, y que requerirían una fuerza casi sobrehumana para poder perseverar... Ninguna urgencia pastoral puede justificar el colocar a un joven inexperto en circunstancias que superan su “nivel de tolerancia a la frustración” (en OSLAM, 1995, p.26). Este imperioso desafío, que se le plantea particularmente a los obispos de la Iglesia, consiste en redefinir el inicio de la vida presbiteral como una última etapa de la formación, ya fuera del seminario, pero igualmente planificada, donde los sacerdotes recién ordenados puedan realizar un año pastoral de síntesis y aplicación de todo lo aprendido, dentro del contexto de un ambiente relativamente protegido, que les sirva de puente entre la vida seminarística y la práctica normal del ministerio.

ACTUAR:

Los sacerdotes recién ordenados deberían pasar por una etapa inicial de inserción en la vida ministerial, durante por lo menos un año que permita su asignación en subgrupos de dos o tres –los cuales convendría que coincidan en sus miembros a los grupos de vida del seminario–, “en parroquias modelo”, caracterizadas por una intensa vida pastoral, y bajo el cuidado de párrocos cuidadosamente escogidos por su testimonio de vida sacerdotal y por sus dones para la formación de sacerdotes jóvenes en la primera etapa de su ministerio. Esta propuesta de acción requiere, por lo tanto, de ciertos párrocos y parroquias con un carisma especial para este tipo de misión formativa, de manera que en cada diócesis se cuente con los recursos necesarios para llevar a cabo anualmente esta labor. Se consideraría, entonces, la designación de algunas parroquias modelo, en las que un equipo relativamente estable de párroco y coadjutores realiza un trabajo pastoral amplio, con una buena comunión sacerdotal y dinámicas de acción conjunta, al que

se incorporaría anualmente un equipo transitorio de dos o tres sacerdotes recién ordenados, para ser apoyados en el inicio de su ministerio presbiteral. De esta manera, al final de cada año los sacerdotes que terminan esta experiencia serían destinados a nuevas parroquias, dejando su lugar a un nuevo subgrupo de neo-presbíteros que inician su vida sacerdotal.

A este respecto, los mismos obispos consultados en la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal, al sugerir algunas estructuras o iniciativas que sirvan de ayuda y acompañamiento a los sacerdotes, mencionan que “se está organizando el año pastoral para los recién ordenados, como también antes de la teología, con el fin de discernir y acompañar al candidato al sacerdocio y a los recién ordenados para introducirlos de forma lenta y gradual en el ministerio”. Para el logro de este propósito, proponen la formación de “equipos de tres sacerdotes bajo la guía circunstancial de un sacerdote mayor, que vivan en comunidad cuidando juntos de su digno sustento”. Y especifican aún más esta iniciativa, señalando que “los jóvenes sacerdotes pasen sus primeros años con un sacerdote de edad, prudente y testigo de vida. Que se les visite constantemente en sus lugares de trabajo, ya sea personalmente, por el vicario o por sacerdotes amigos. Que haya cercanía con el obispo, vida en equipo sacerdotal, reuniones de todo el clero cada dos meses para estudio, oración y descanso. (Pero), lo más importante es la relación personal del Obispo con cada uno de los sacerdotes” (en OSLAM, 1995, pp. 34-35).

A nivel de la Iglesia Universal, la Congregación para el Clero, en su “Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros” (1994), reafirma esta necesidad al establecer que “será responsabilidad del Obispo, también a través de eventuales cooperaciones prudentemente elegidas, proveer para que, en el año sucesivo a la ordenación presbiteral o a la diaconal, sea programado un año llamado pastoral. Esto facilitará el paso de la indispensable vida propia del seminario al ejercicio del sagrado ministerio, procediendo gradualmente, facilitando una progresiva y armónica maduración humana y específicamente sacerdotal. Durante el curso de este año, será conveniente evitar que los nuevos ordenados sean colocados en situaciones excesivamente gravosas o delicadas, así como también se deberán evitar destinos en los cuales éstos se encuentren actuando lejos de sus hermanos. Es más,

sería conveniente, en la medida de lo posible, favorecer alguna oportuna forma de vida en común, y que el Obispo enviase a los nuevos sacerdotes con hermanos de vida ejemplar y celo pastoral” (Directorio, 82).

Aunque la mayor dificultad para el establecimiento de este año pastoral lo constituyen las urgentes demandas de tipo pastoral que los obispos deben atender en sus diócesis, en el citado Directorio se insiste en que “el primer destino, no obstante las frecuentemente graves urgencias pastorales, debería responder, sobre todo, a la exigencia de encaminar correctamente a los jóvenes presbíteros. El sacrificio de un año podrá entonces ser más fructuoso para el futuro... Este año no deberá ser tanto un período de aprendizaje de nuevas materias, sino más bien de profunda asimilación e interiorización de lo que ha sido estudiado en los cursos institucionales. De este modo se favorecerá la formación de una mentalidad capaz de valorar los particulares a la luz del plan de Dios... En definitiva, la tarea de síntesis debe constituir el camino por el que transcurre el año pastoral” (Directorio, 82).

2. GRUPOS DE VIDA SACERDOTAL

VER:

Al comentar las posibles razones que explican el abandono de los sacerdotes jóvenes, en lo que se refiere al estilo de relaciones interpersonales que se da entre los presbíteros, el DEVYM señala que “las causas en este nivel se encuentran en su mayoría en la ausencia de vida fraterna en los presbiterios” (en DEVYM, 1994, p.8). Esto lo manifiestan algunos de los obispos encuestados, cuando afirman que “...no se vive en profundidad, (la fraternidad presbiteral) se reduce a un mero amiguismo. Las relaciones quedan meramente en lo formal y no se abre a los problemas profundos... Insuficiente amistad auténtica dentro del presbiterio... Cuesta que vivan en comunidad, especialmente los de una misma generación, cada uno quiere vivir independientemente. No se tiene mucha confianza porque todos hablan de todos... El trato entre los presbíteros es más funcional que fraternal...” (en DEVYM, 1994, pp.7-9).

JUZGAR

522

Ante esta realidad, desde 1985 los obispos y sacerdotes asistentes al “Encuentro sobre el abandono del Ministerio Presbiteral”, celebrado en Bogotá, Colombia, juzgaban como un desafío impostergable el “revitalizar las estructuras ya existentes para la comunión presbiteral y crear nuevas formas (grupos, asociaciones, etc.) que, por su fuerza solidaria y de fraterna amistad, favorezcan el crecimiento humano de los sacerdotes y contribuyan a solucionar sus dificultades, enfatizando, a su vez, la necesidad de “educar a los sacerdotes, para que sean factores de concordia y comunión en el presbiterio, ayudando a superar las dificultades de comunicación y su consecuente aislamiento” (en OSLAM, 1995, p.41).

ACTUAR:

Los programas de Grupos de Vida que se vienen realizando en ciertos seminarios latinoamericanos, constituyen hoy día un elemento nuevo que gradualmente va modificando la realidad de algunos presbiterios, en los que ya aparecen distintas expresiones de grupos fraternos, muchos de ellos conformados desde la etapa seminarística. Se hace necesario, entonces, establecer planes pastorales que brinden continuidad a los grupos ya existentes, y que abran nuevas opciones grupales a tantos sacerdotes que podrían beneficiarse grandemente con este tipo de vivencia comunitaria. Para este fin, convendría que los señores obispos consideraran el establecimiento, en las diócesis que presiden, de un programa flexible de Grupos de Vida Sacerdotal, a partir de asambleas del clero diocesano en las que se describan los fundamentos de tales programas, se analicen conjuntamente las distintas formas en que los grupos fraternos pueden constituirse, y se comenten las diversas dinámicas de relación que pudieran asumir los sacerdotes participantes, como parte de su vivencia fraternal.

Como punto de partida, es preciso realizar una toma de conciencia entre obispos y sacerdotes, sobre la importancia que se da en los documentos recientes del Magisterio a este tipo de programas. En el “Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros”, al referirse a la “amistad sacerdotal”, se señala que “una manifestación de esta comunión es también la vida en común, que ha sido favorecida desde

siempre por la Iglesia; recientemente ha sido reavivada por los documentos del Concilio Vaticano II, y del Magisterio sucesivo, y es llevada a la práctica positivamente en no pocas diócesis. De modo particular hay que alabar aquellas asociaciones que favorecen la fraternidad sacerdotal, la santidad en el ejercicio del ministerio, la comunión con el Obispo y con toda la Iglesia” (Directorio, 28 y 29). Asimismo, en el Código de Derecho Canónico “se aconseja vivamente a los clérigos una cierta vida en común, que, en la medida de lo posible, ha de conservarse allí donde esté en vigor” (CIC, Canon 280).

A este respecto, los obispos consultados en la Encuesta sobre el Abandono Sacerdotal, al referirse a algunas estructuras o iniciativas que brindan apoyo y acompañamiento a los sacerdotes, manifiestan que “en varios lugares existen grupos de sacerdotes, animados por la espiritualidad de movimientos eclesiales u otras propuestas, específicamente sacerdotales, que llevan a vivir una experiencia concreta como respuesta a las exigencias de formación permanente y de fraternidad presbiteral. (Por otra parte), en algunas diócesis no hay estructuras, pero hay un excelente ambiente entre los sacerdotes. Casi nunca un recién ordenado está solo. Son pobres, alegres, hacen paseos y encuentros de formación una vez al año de varios días y todos asisten”. Sin embargo, aún considerando estas experiencias positivas, los obispos en cuestión opinan que tales esfuerzos no deben circunscribirse únicamente a iniciativas aisladas, y proponen que “se procure formar equipos sacerdotales por medio de Vicarias foráneas o decanatos, con el fin de no vivir solos y compartir las experiencias positivas y negativas del ministerio. Estos equipos hacen parte del plan pastoral de la diócesis, donde se ofrece acompañamiento, comunicación permanente y atención económica” (en OSLAM, 1995, p.35).

Asimismo, refiriéndose específicamente a los sacerdotes recién ordenados, los obispos participantes en la Encuesta sugieren la realización de “encuentros de convivencia y reflexión para los Presbíteros de hasta cinco años, como también, encuentros por edad de ordenación, con el fin de buscar un descanso, hacer oración y revisión de vida” (en OSLAM, 1995, p. 34). En cuanto a esto, en el Directorio, arriba citado, también se recomienda que “los encuentros de los sacerdotes deben considerarse necesarios para crecer en la comunión, para una toma de conciencia cada vez mayor y para un adecuado examen de

los problemas propios de cada edad” (Directorio, 81). Y se agrega, en el apartado referente a las “necesidades en orden a la edad y a situaciones especiales”, que “durante los primeros años posteriores a la ordenación..., sería útil también que a los jóvenes presbíteros se facilitara la posibilidad de una convivencia familiar entre ellos y con los más maduros, de modo que sea posible el intercambio de experiencias, el conocimiento recíproco y también la delicada práctica evangélica de la corrección fraterna” (Directorio, 93).

Todas estas recomendaciones del Magisterio pueden cobrar mayor vida con la implementación de un programa sabiamente elaborado de grupos de vida a nivel sacerdotal, el cual necesita establecerse de forma flexible y voluntaria, de manera que los sacerdotes se sientan libres de participar o no en él, así como de conformar los grupos y definir las dinámicas a seguir, según sus preferencias personales y no por designación de la autoridad eclesiástica. Sin embargo, siempre se requeriría del nombramiento de un sacerdote o equipo coordinador en cada diócesis, con experiencia en este campo, que supervise este Programa de Grupos de Vida Sacerdotal, y coordine las distintas actividades generales que animan y promueven una edificante dinámica grupal.

Finalmente, los obispos harían una importantísima contribución a este tipo de programa de fraternidad presbiteral, preocupándose por la marcha específica de los grupos; dando su apoyo a aquellas medidas prácticas que posibilitan sus reuniones; promoviendo la acogida de sacerdotes, en situaciones de soledad y vacío afectivo, en algunos de los grupos ya constituidos o mediante la formación de nuevos grupos; y organizando periódicamente convivencias de fraternidad sacerdotal a las que asistan los distintos grupos para conocerse entre sí, animarse con sus testimonios de vida fraterna, y comprometerse cada vez más con esta acción del Espíritu Santo en su propio presbiterio.

3. FORMACION PERMANENTE

VER:

En la reflexión conclusiva que hace Monseñor Felipe Arizmendi sobre el tema de la deserción sacerdotal, manifiesta que “analizando las causas del abandono del ministerio presbiteral, después de la orde-

nación, es patente que muchas son un desenvolvimiento y un desarrollo de las deficiencias que ya habían aparecido en el Seminario. Éste, sin embargo, hizo cuanto estuvo a su alcance. Cultivó la planta, sembrada por Dios, la hizo crecer y madurar. Sin embargo, si después de la ordenación no hubo el cuidado suficiente, por culpa propia y de los demás agentes de la formación permanente, la planta se puede secar, o al menos no dar el fruto que se esperaba". Y cita, entonces, algunas de las respuestas que dieron los obispos en la Encuesta, donde señalan que "falta formación permanente, entendida como crecimiento personal integral... Hay desinterés, debilidad e indiferencia por sistematizarla de una forma orgánica, estable y comprometida" (en OSLAM, 1995, p.14). Por otra parte, ya desde 1985, en el Encuentro realizado en Bogotá, Colombia, sobre el abandono del ministerio presbiteral, se planteaba la necesidad generalizada de "impulsar y organizar, a nivel nacional, regional y diocesano, la formación humana, espiritual, teológica y pastoral permanentes para los sacerdotes," así como la urgencia de "profundizar con los sacerdotes en la Teología y Espiritualidad del sacerdote diocesano, para propiciar una mejor identidad sacerdotal dentro del mundo actual" (en OSLAM, 1995, p.41).

JUZGAR:

Estas necesidades reales y sentidas de la vida presbiteral, arriba apuntadas, sirven de marco al desafío que manifiesta uno de los obispos participantes en la Encuesta, cuando afirma que "el hedonismo, el ambiente erotizado, el secularismo, la cultura de la subjetividad y otras situaciones nuevas, reclaman la nueva presencia del sacerdote (en DEVYM, 1994, p.5) Y es que en esto consiste el enorme desafío que afronta la Iglesia, a las puertas del tercer milenio de la era cristiana: Convocar y formar pastores que guíen al pueblo de Dios, ofreciéndoles la formación inicial y permanente que los equipe de manera apropiada, para realizar cabalmente su misión pastoral en medio de un mundo secularizado que necesita tanto la presencia del Reino de Dios. En otras palabras, tal y como se define la formación permanente en el Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros, ésta "es un medio necesario para que el presbítero de hoy alcance el fin de su vocación, que es el servicio de Dios y de su Pueblo" (Directorio, 71).

ACTUAR:

La formación sacerdotal y religiosa no termina nunca. Por tanto, la Iglesia necesita inculcar en sus ministros la convicción de que el proceso iniciado en los seminarios y noviciados debe continuar a lo largo de sus vidas. Para esto, cada presbiterio debe organizarse a nivel diocesano, regional y nacional, para definir sus necesidades de formación permanente, a corto, mediano y largo plazo, como parte de un proceso sistemático y personalizado, que les permita realizar cada etapa de sus vidas recibiendo el apoyo necesario para la vivencia de un ministerio fructífero y realizado. Esta labor de definición de necesidades prioritarias, metas generales y específicas, métodos más apropiados y resoluciones vinculantes para un programa de formación permanente, debería ser el resultado de un sínodo sobre vida sacerdotal y religiosa, convocado por los obispos para tal efecto, de manera que se realice una verdadera consulta de todo el presbiterio, incluyéndose también a los religiosos y las religiosas radicados permanentemente en cada diócesis o país en cuestión. Los resultados finales de este sínodo para sacerdotes y religiosos, que incluiría como punto prioritario la formación permanente, serían ratificados por la Conferencia Episcopal de cada país, mediante una carta post-sinodal dirigida al presbiterio y comunidades religiosas pertinentes, en la que se establezcan los lineamientos y recursos apropiados para llevar adelante las conclusiones del sínodo, así como los mecanismos de seguimiento y evaluación permanente de tales iniciativas.

Esta propuesta de acción, aunque parece asumir dimensiones que sobrepasan el ámbito de asesoría profesional que se pretende aportar en este capítulo —en vistas a la realización de un proceso formativo de mayor madurez humana y sacerdotal—, constituiría, sin embargo, una de las maneras más eficaces y realistas de establecer un programa de formación permanente. Esto lo ha demostrado la Iglesia Universal en los programas episcopales suscitados a raíz del Concilio Vaticano II, así como la Iglesia Latinoamericana, con la creación del CELAM y los trabajos posteriores que éste viene realizando durante varias décadas, como resultado de sus periódicas conferencias episcopales a nivel continental.

En todo caso, el establecimiento de un programa de formación permanente del clero es una necesidad incuestionable. Tal y como se

afirma en el Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros, “la formación permanente es un derecho y un deber del presbítero e impartirla es un derecho y un deber de la Iglesia... La Iglesia tiene, por tanto, el deber y el derecho de continuar formando a sus ministros, ayudándolos a progresar en la respuesta generosa al don que Dios les ha concedido. Tal formación debe ser completa: humana, espiritual, intelectual, pastoral, sistemática y personalizada... Y no puede nunca considerarse terminada, ni por parte de la Iglesia que la da, ni por parte del ministro, que la recibe” (Directorio, 72, 73 y 74). Ahora bien, aunque los argumentos son contundentes y parece existir un consenso sobre la necesidad de implementar este tipo de programa, en el mismo Directorio arriba citado, se insiste que “para que la formación permanente sea completa, es necesario que esté estructurada no como algo que sucede de vez en cuando, sino como una propuesta sistemática de contenidos, que se desarrolla en etapas y se reviste de modalidades precisas. Esto comporta la necesidad de crear una cierta estructura orgánica, que establezca oportunamente los instrumentos, los tiempos y los contenidos para su concreta y adecuada realización” (Directorio, 79).

Finalmente, la Congregación para el Clero insiste en que “si bien es impartida a todos, la formación permanente tiene como objetivo directo el servicio a cada uno de aquellos que la reciben. De este modo, junto con los medios colectivos o comunes, deben existir además todos los demás medios, que tienden a concretar la formación de cada uno... (Por esto), el camino formativo unitario está marcado por etapas bien definidas. Esto exigirá una específica atención a las diversas edades de los presbíteros, no descuidando ninguna, como también una verificación de las etapas ya cumplidas, con la advertencia de acordar entre ellos los caminos formativos comunitarios con los personales, sin los cuales los primeros no podrían surtir efecto” (Directorio, 80,81).

En conclusión, de todo lo anterior se desprende que un programa de tal envergadura requiere de la participación de todos los presbíteros y religiosos en su definición, de una estructura orgánica y de un personal capacitado para llevarla a cabo, pero, sobre todo, de la voluntad pastoral y el apoyo irrestricto de los señores obispos, para que esta propuesta de acción no solo tenga éxito sino que permanezca en el tiempo, dando frutos cada vez mejores para bien de la Iglesia. Pues tal y como se afirma en el Directorio antes citado, “la vida espiritual del

sacerdote y su ministerio pastoral van unidos a aquel continuo trabajo sobre sí mismos, que permite profundizar y recoger en armónica síntesis tanto la formación espiritual, como la humana, intelectual y pastoral. Este trabajo, que se debe iniciar desde al tiempo del seminario, debe ser favorecido por los Obispos a todos los niveles: nacional, regional y, principalmente, diocesano” (Directorio, 70).

CONCLUSIÓN

Finalmente, a manera de recapitulación, es importante resaltar que todos los puntos arriba desarrollados, relativos a un proyecto formativo de madurez sacerdotal y religiosa, tienen un propósito en común: La búsqueda de medios más efectivos que promuevan un mejor proceso de maduración humana, afectiva y espiritual de los seminaristas o novicios, sacerdotes y religiosos, con vistas al reto pastoral que han de afrontar en los albores del tercer milenio de la era cristiana.

Asimismo, en cada uno de los puntos tratados, se ha pretendido ofrecer respuestas concretas ante los problemas manifestados por los obispos participantes en la Encuesta Latinoamericana sobre el Abandono del Ministerio Sacerdotal, por parte de los sacerdotes jóvenes.

Convendría, entonces, concluir esta propuesta, citando la oración con la que Monseñor Felipe Arizmendi concluye su análisis sobre las Causas del abandono del Ministerio Presbiteral en América Latina (en OSLAM, 1995, p.14):

“Que el Espíritu del Señor nos ilumine,
para encontrar los caminos de una formación
que acompañe adecuadamente a todos los presbíteros,
en sus diferentes etapas y necesidades,
y así gocen con plenitud de su ministerio
Por intercesión de Nuestra Señora, la Virgen María,
la que permaneció firme en el Calvario,
la que congregó a los apóstoles en la unidad de la fe
y de la oración, para la llegada de Pentecostés”
Amén